

desarrollo histórico-político chileno en lo que iba de todo el siglo y constituyó uno de los principales factores que ayudaron a cerrar una etapa poética previa, más o menos de relaciones desgarradas, con las que venía transcurriendo una parte importante de la poesía chilena aun cuando hubiera visibles estructuras renovadoras. La solitaria postura del hablante, las escisiones personales, el sentimiento agónico y marginal, entre otros, daba paso al sostenido propósito de reconstruir una patria devastada. La joven poesía, como toda la actividad artística y cultural, había sido objetivamente diezmada por una represión que se había extendido ahora a otros grupos sociales, más allá de las clases obreras. Sin embargo, era en ella donde más se observaba el cambio sustancial de su proceso de transformación previa a septiembre de 1973.

Con aquellos poetas no sólo se iniciaba una de las grandes rupturas dentro de la poesía chilena, sino también las nuevas y radicales perspectivas que comenzaría a plantearse, desde entonces, la nueva actividad artística chilena y, en un plano más específico, la actividad cultural interna del país y la del exilio.

La validez e importancia actual de la poesía joven chilena radica en que el eslabón del 11 de septiembre no sólo terminó su proceso «agónico», pero el cual tenía claras correspondencias sociales, sino que el trauma que el golpe militar provocó a la sociedad chilena le exigió también a la poesía la necesidad imperiosa de superar su fragmentación personal anterior por una universalidad más compartida.

El proceso previo a 1973, por tanto, hay que considerarlo como potencial, cuya voluntad principal fue aclaratoria y crítica de los distintos aspectos que poetizaban. A través de él se mostraban también las actitudes conflictivas que les correspondían como sujetos sociales e integrantes de las heterogéneas capas medias a las contradicciones de todo el período. Si el golpe militar no hubiera ocurrido, con toda seguridad esa lenta transformación de la joven poesía habría continuado, pero dentro de otras particulares situaciones que no corresponde señalar aquí. Sea ello lo que hubiera ocurrido, para entender su significación hasta el mes de septiembre de 1973 había que dejarlo esclarecido sobre dos factores que se integraban dialécticamente en su específica y peculiar formalización poética. Primero, lo que de las previas y vigentes tradiciones asimilaban críticamente todos estos poetas. Segundo, si bien las variadas contradicciones del contexto latinoamericano y chileno entre 1960 y 1973 no se problematizaron dentro de una línea explícita o combativa, éstas se adecuaron mejor dentro de lo que fue esa particular formalización. Además, no cabía duda ya que esa era la mejor herramienta con la cual se podía dar cuenta de la relación conflictiva y lenta integración de ciertas capas medias, no pocos artistas e intelectuales, a la ascendente movilización política que fue diezmada el 11 de septiembre de 1973.

## I. La continuidad crítica con la tradición poética

La joven poesía chilena, en lo que iba de 1960 a 1973, no asumió una perspectiva militante ni nada parecía indicar tampoco que su desarrollo iba en busca de la claridad realista-social. Sin embargo, existían al menos tres antecedentes importantes: la etapa poética de Pablo de Rokha, que agresivamente condenaba el aparato cultural burgués,

poesía desligada de retórica pero no de una completa grandilocuencia; la narrativa y la poesía social de la generación del 38; y *Canto general* (1950) —esta definitiva creación de la poesía hispanoamericana, comparable en la plástica a la de los murales mexicanos—, que se constituía en una nueva etapa de la poesía nerudiana, superando dialécticamente las suyas anteriores. Sin que hubiera una actitud iconoclasta frente a esa tradición de contenidos más militantes, estaban los jóvenes poetas chilenos más inclinados a ciertas fuentes por donde habían venido desarrollándose, desde las primeras décadas, las distintas vertientes de la vanguardia, especialmente la de Vicente Huidobro.

Huidobro, de Rokha y Juan Guzmán Cruchaga (los que dirigieron y redactaron la revista *Azul*), fueron los primeros que comenzaron a diferenciarse de las líneas postrománticas, subjetivistas o encerrados otros en modelos más tradicionales (Carlos Moncada, Manuel Magallanes Mouré, Ernesto Guzmán). Es, pues, a partir de un lenguaje más moderno, pero el que también provoca un subjetivismo variado por esas épocas, desde el que nacerán los futuros experimentadores de la vanguardia, cuya posterior poesía chilena no dejaría de prescindir en sus distintas gamas herméticas, sociales otras, antipoéticas o conversacionales, quitándole al lenguaje la elevada elocuencia <sup>9</sup>.

Posteriormente, con el ascenso del Frente Popular en 1938 —crecimiento manifiesto de la lucha de masas chilena, combate internacional contra el fascismo y la solidaridad con la República Española—, hay un grupo de escritores que se muestran comprometidos con la acción político-social o son militantes de partidos populares o escritores de izquierda. Son escritores que hacen coincidir su actitud literaria —principalmente en la narrativa— y su posición ideológica <sup>10</sup>.

Si bien, la narrativa de esta generación parece bien perfilada; la poesía enmarcada y publicada dentro de este período no pareció seguir necesariamente el mismo camino de la novela o el cuento. De hecho, fueron visibles al menos dos líneas bastante significativas, las que siendo también de continuidad más desarrolladas de las de la vanguardia se iban constituyendo en sólidas influencias para las décadas posteriores. La primera fue la que amplió el puente que iniciara Huidobro y otros en las décadas precedentes, pero por el cual seguiría entrando toda la corriente moderna de la poesía europea (Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Sade, Jarry, Breton, entre otros) <sup>11</sup>. Tal fue el caso del grupo «La Mandrágora» (1937), que puede considerarse como el primer movimiento vanguardista/surrealista chileno organizado (Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres, Teófilo Cid, Eduardo Anguita y Gonzalo Rojas, posteriormente) <sup>12</sup>. Esa «modernidad», la que se impregna-

<sup>9</sup> JAIME CONCHA: *Vicente Huidobro*, Ediciones Júcar, Madrid, 1980, págs. 30-31.

<sup>10</sup> Los escritores más significativos de esta generación, entre otros, son: Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Juan Godoy, Reinaldo Lomboy, Rubén Azócar, Carlos Droguett, Volodia Teitelboim, Guillermo Atías, Francisco Coloane, Fernando Alegría, Luis González Zenteno. Véase, JAIME CONCHA: *Novelistas chilenos*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1973, págs. 71-81. También, VOLODIA TEITELBOIM: «La generación del 38 en busca de la realidad chilena», *Atenea*, núm. 380-381, 1958, págs. 106-131.

<sup>11</sup> Véase, BRAULIO ARENAS: «La Mandrágora», *Atenea*, núm. 380-381, 1958, págs. 9-13.

<sup>12</sup> Los movimientos vanguardistas, como supone ANA PIZARRO: «Vanguardismo literario y vanguardia